

El liberalismo entró en la historia apartando a Dios de la escena política y erigiendo, por tanto, al hombre como árbitro supremo de su propio destino. Las leyes, desde entonces, dejaron de basarse en la ley natural –o sea, en una moral objetiva, inmutable y de validez universal– para someterse al criterio sub-jetivo y cambiante de los gobernantes de turno. A partir de ahí y en nombre de la libertad, de la autonomía de decisión humana, ya todo fue posible: tanto el comunismo como el nazismo, ambos igualmente independientes de la ley natural. Como tantas veces se ha repetido, Hitler llegó al poder democráticamente, y del mismo modo puede implantarse el comunismo en cualquier país donde haya una democracia liberal si ésta es la voluntad del *demos*. El liberalismo hace posibles tales monstruosidades, de las que es terreno abonado. El primer paso es apartar a Dios y el siguiente (consecuente) es pretender suplantarle. Y cuando el hombre se cree Dios, o cree que puede prescindir de Dios, el desastre está asegurado.

Donde un católico dice Dios, un liberal dice Democracia.

Habla un ministro del PP, habla el prototipo del “católico” liberal: «Yo soy católico, pero no estoy en contra del matri-monio entre homosexuales, porque creo que en este tipo de cuestiones los derechos individuales son fundamentales. Lógica-mente, no estoy a favor del aborto. Si una hija mía se viera en esa situación, siempre le recomendaría que no abortara. Pero

tampoco modificaría la [abortista] legislación actual». O sea, sí, pero no, pero sí, pero no.

Puedes creer o no creer que Jesús de Nazaret, el fundador de la Iglesia Católica, era Dios hecho hombre; pero si de verdad lo crees, entonces ya no hay medias tintas posibles: crees eso y crees todo lo demás y ya sólo vives para que se haga en ti la voluntad de Dios, que es tenerte junto a Él en el Paraíso.

Cristo expresó las verdades eternas con pasmosa sencillez y claridad, y en sus palabras está basada toda la doctrina cató-lica. ¿A qué viene entonces el empeño de algunos en *adaptar a nuestro tiempo* el mensaje cristiano? ¿Es que vamos a enmen-darle la plana al mismísimo Cristo-Dios?

Ayer un compañero mío de trabajo, budista, me estuvo contando sus experiencias de meditación, vaciado de la mente, búsqueda de la paz interior, etc. Como ya otras veces le había expresado mi opinión al respecto, naturalmente de rechazo, esta vez le dejé hablar e incluso lo animé a ello haciéndole algunas preguntas acríicas, sólo por curiosidad. Después me sentí un poco culpable. Culpable de omisión de socorro.

Sólo hay una religión verdadera: la católica. Comprendo que esta afirmación moleste e irrite a quienes profesan las reli-giones falsas. Lo chocante es que se rebelen contra ella algunos sedicentes católicos.

Palabras pronunciadas por el Padre Hudson en su homilía

de hoy: «La alegría del católico no está necesariamente exenta de sufrimiento. La alegría del católico consiste en obrar con-forme a la voluntad de Dios». Una alegría que nada tiene que ver, en contra de lo que pretenden algunos, con el objetivo budista de rehuir el dolor a toda costa, que es una majadería y una majarería nihilista y pseudoespiritual.

La humildad no consiste en ir por la vida achantado y ca-bizbajo, sino en amar, predicar y practicar la verdad, que es de Dios, y en desechar los errores, que son nuestros. «Yo no quiero una religión que me dé la razón, quiero una religión que corrija mis errores» (Chesterton).

Sí, yo cuando hablo me creo en posesión de la verdad. Si hablase creyéndome en posesión de la mentira sería un mise-rable. Y cuando estoy en posesión de dudas no hablo, escucho a quien creo que me las puede despejar.

Definición de matrimonio, por Santo Tomás: «Unión de uno con una ante Dios y para siempre».

Definición de matrimonio, hoy: «Unión de uno con una, o de uno con uno, o de una con una, ante Dios o ante un burócrata, y para siempre (o no)».

Una buena formación religiosa de los cónyuges, una sólida fe católica de ambos, no garantiza que su matrimonio vaya a ser feliz, pero eleva muchísimo la probabilidad de que lo sea y, en todo caso, les ayudará extraordinariamente a sobrellevar las difi-cultades y los problemas con los que se encuentren. Ellos están

casados ante Dios y, cuando vienen mal dadas, a Dios se enco-miendan. Podrán eventualmente estar peleados entre sí, pero tie-nen un Aliado común que los *religa* (de ahí viene la palabra *reli-gión*), que los vuelve a *ligar*, haciendo su alianza indestructible.

Nada más salir elegido Papa el argentino Jorge Mario Ber-goglio, recibo este sms: «¡Horror!». No sin cierta congoja he llamado a quien me lo ha enviado, persona de la máxima con-fianza, muy bien informada y que no habla por hablar. «Espere-mos que Dios lo ilumine», le he dicho.

Leo sobre el nuevo Papa: «Ecumenismo y progresismo. Pero es nuestro Papa y recemos mucho por él». Me parece una postura mucho más sensata que la de un amigo mío argentino que, al pedirle yo su opinión sobre Bergoglio, me ha dicho escueta y evasivamente: «Dios no se equivoca». Dios no, pero los cardenales, que a fin de cuentas son hombres, sí. Sí que *pueden* equivocarse; no digo que éste sea el caso.

Su verbo es recio, claro, vibrante, escrupulosamente fiel al magisterio de la Iglesia. Nacido en Argentina, aunque de origen italiano, se ordenó sacerdote en la Compañía de Jesús, de cuyo fundador, San Ignacio de Loyola, es un dignísimo sucesor por su vida y sus servicios prestados *ad maiorem Dei gloriam* («a mayor gloria de Dios», divisa de los jesuitas). Sí, claro, estoy hablando de él, estoy hablando de Leonardo Castellani.

Hoy el Papa Francisco ha citado, elogiándolo y recomendando su lectura, al cardenal Kasper, discípulo de Hans Kung

(el de la teología de la liberación, nuestro Lutero contemporáneo). Me parece que este Papa está jugando con fuego.

Veo a muchos católicos “distráidos” –de esos que no van a misa, etc.– colmando de elogios al Papa Francisco. Sería interesante ver la reacción de esos católicos si el Papa les recordase que ir a misa es una obligación (tercer mandamiento) y que no hacerlo, por tanto, es un pecado mortal. ¿Le seguirían aplaudiendo?

El Papa Francisco ha hecho un llamamiento al respeto a todas las religiones. ¿Dónde ha quedado aquello de «la única religión verdadera»? Pues si la católica es la única verdadera, lógicamente todas las demás son falsas. Y lo falso no podemos, no debemos respetarlo. ¡Ay Dios mío, seguiremos rezando!

«Quien no está conmigo, está contra mí; y quien conmigo no siembra, desparrama». ¿Qué le parecerán estas palabras de Cristo a nuestro Papa actual, tan ocupado como está en «intensificar el diálogo entre las religiones, en primer lugar con el Islam»?

Que los liberales, agnósticos, ateos, teólogos de la liberación, judíos, masones, protestantes y demás patulea estén encantados con este Papa «dialogante» es lógico y natural. Que estén felices con él los católicos a la carta y los meramente nominales tampoco es de extrañar. Lo más deplorable y alarmante es que lo estén colmando de elogios muchos católicos practicantes, en particular los que tienen mayor influencia mediática o social. No

digo que debemos dar por perdido a Francisco –todavía es pronto para «abandonar toda esperanza»–, pero sí que debemos señalar y criticar lo que de inaceptable o chirriante para un católico haya en sus manifestaciones, a fin de corregir la peli-grosa deriva que, ya en tan pocos días, ha tomado su papado. No debemos callar ante su elogio a un teólogo tan poco recomendable como el cardenal Kasper, discípulo del hereje Hans Kung, padre de la muy dañina teología de la liberación. No debemos callar ante su petición de «intensificar el diálogo entre las religiones», que es puritita alianza de civilizaciones zapateril. Y no debemos callar ante su flagrante contradicción de denunciar la «dictadura del relativismo» a la que él mismo se ha sometido, al parecer con mucho gusto, al hacer sus declaraciones anteriores.

Exceptuando el artículo de Juan Manuel de Prada «Recibamos a Francisco», muy temprano y más desiderativo que otra cosa, no he leído todavía ni una sola defensa intelectualmente brillante y bien argumentada del nuevo Papa. Leer a sus defensores me alarma más, si cabe, que ciertas declaraciones, digamos heterodoxas, que ha hecho su defendido. Los argumentos de aquéllos son propios de hinchas de fútbol: emocionales, unidireccionales, romos. Hay que reconocer en su descargo que no

es tarea fácil defender a Francisco, él mismo muy futbolero según se ha dicho como si eso fuese una virtud.

La actitud de algunos hacia el Papa Francisco me recuerda a la de los niños que se tapan los ojos ante un peligro inminente creyendo que de ese modo el peligro va a desaparecer.

Todas las palabras que ha pronunciado hasta ahora el Papa Francisco podría hacerlas suyas un protestante. Un mensaje cristiano diluido, edulcorado, sincretista, que cada cual puede interpretar según le convenga. No es de extrañar que los “católicos” progres tipo Bono estén tan contentos con él.

«Autorreferencialidad», «narcisismo teológico», «periferias existenciales»... Sí, es un argentino quien se expresa en esos términos, pero no psicólogo sino Papa.

«Padre, ¿he pecado? He criticado al Papa Francisco». Más o menos eso le dije hoy al cura en mi confesión, y él sonreía. Cuando me dio la absolución no sé si incluyó o no mis críticas al Papa entre mis pecados. Más bien me pareció que no.